

como usted ve, al de la inscripción de quince mil francos. Esta coincidencia prueba que estos números son los de cinco inscripciones adquiridas el mismo día, y anotadas por el doctor en caso de pérdida. Yo le había aconsejado que colocase la fortuna de Úrsula en inscripciones al portador, y el buen hombre debió emplear el mismo día sus fondos, los que destinaba á Úrsula y los que pertenecían á su ahijada. Voy á casa de Dionis á consultar el inventario, y si el número de la inscripción que ha dejado á su nombre es el 23,533, letra *M*, estaremos seguros de que ha colocado el mismo día y por conducto del mismo agente de cambio: Primero, sus fondos en una sola inscripción; segundo, sus economías en tres inscripciones al portador, numeradas sin letra de serie, y tercero, los fondos de su pupila. El libro de transferencias ofrecerá pruebas irrecusables de esto. ¡Ah! ¡Minoret, socarrón! ¡te he cogido!... Silencio, hijos míos.

El juez de paz dejó al cura, á la Bougival y á Úrsula llenos de admiración profunda al ver las sendas por donde Dios conducía á la inocencia para que triunfase.

—¡Yo veo en todo esto la mano de Dios! exclamó el cura Chaperon.

—¿Le harán daño? preguntó Úrsula.

—¡Oh! señorita, yo daría la cuerda para colgarle, exclamó la Bougival.

El juez de paz estaba ya en casa de Goupil, sucesor de Dionis, y entró en el despacho con aire indiferente.

—Tengo que tomar una nota de la testamentaria Minoret, dijo á Goupil.

—¿Qué es ello? le preguntó éste.

—¿Dejó el doctor una ó varias inscripciones de renta al tres por ciento?

—Dejó quince mil francos de renta al tres por ciento en una sola inscripción, dijo Goupil. Yo mismo la he descrito.

—Consulte usted, pues, el inventario, le dijo el juez.

Goupil tomó una carpeta, la hojeó, y al cabo de un rato leyó:

—«*Item*, una inscripción...» Mire usted, lea... con el número 23,533, letra *M*.

—Hágame el favor de entregarme dentro de una hora un extracto de ese artículo del inventario.

—¿Para qué puede servirle á usted? preguntó Goupil.

—¿Y quiere usted ser notario? respondió el juez de paz mirando severamente al sucesor de Dionis.

—¡Ya lo creo que quiero! exclamó Goupil. Bastante veneno he tragado antes de ser amo. Señor juez de paz, le ruego á usted que crea que el miserable primer pasante, llamado Goupil, no tiene nada que ver con maese Juan Sebastián María Goupil, notario de Nemours, futuro de la señorita Massin. Estos dos seres no se conocen ni se parecen en nada. ¿No me ve usted?

El señor Bongrand fijóse entonces en el nuevo traje de Goupil, que llevaba una corbata blanca, una camisa de resplandeciente blancura, adornada de gemelos de rubies, un chaleco de terciopelo rojo y un pantalón y una levita de paño hechos en París. Calzaba también botas nuevas,

y sus cabellos, echados hacia arriba, estaban perfumados. En una palabra, que parecía haber sido metamorfoseado.

—¡Caramba! ¡es verdad, parece usted otro hombre! dijo Bongrand.

—Lo mismo en lo moral que en lo físico, señor juez. Con el *estudio* se adquiere juicio, y, por otra parte, la fortuna es la fuente de la limpieza.

—En lo moral y en lo físico, dijo el juez sujetándose los lentes.

—¡Qué diablo! señor Bongrand, ¿puede nunca ser demócrata un hombre de cien mil escudos de renta? Considéreme usted como hombre honrado y dispuesto á amar á mi mujer, añadió viendo entrar á la señora Goupil. Estoy tan cambiado, que hasta le encuentro talento á mi prima Cremiere, y la estoy formando; así es que su hija no habla ya de pistones. En fin, mire usted, ayer mismo, hablando del perro de don Sabiniano, dijo mi prima una palabra que me obligó á explicarle la diferencia que hay entre *oler* y *ventear*. De modo que ya ve usted que soy otro hombre, y tenga la seguridad de que no consentiré que ningún cliente mío haga ninguna *porquería*.

—Dése usted prisa, pues, haga eso en una hora, y de ese modo el notario Goupil habrá reparado en parte las faltas del primer pasante, dijo Bongrand.

Después de haber rogado al médico de Nemours que le prestase el caballo y el coche, el juez de paz se fué á buscar los dos tomos acusadores y la inscripción de Úrsula, y, provisto del extracto del inventario, corrió á Fontainebleau á

casa del procurador del rey. Bongrand demostró fácilmente la sustracción de las tres inscripciones hecha por algún heredero, y, consiguientemente, la culpabilidad de Minoret.

—Su conducta se explica, dijo el procurador del rey.

Acto continuo, y como medida prudencial, el magistrado minutó para el Tesoro una oposición al traspaso de las tres inscripciones, encargó al juez de paz que fuese á buscar el cupón de renta de las mismas y á saber si habían sido vendidas. Mientras el juez de paz operaba en París, el procurador del rey escribió á la señora Minoret rogándola que se pasase por la audiencia. Celia, inquieta por el duelo pendiente de su hijo, se vistió, mandó enganchar el coche y se fué á Fontainebleau. El plan del procurador del rey era sencillo y formidable. Separando á la mujer del marido, y aprovechándose del terror que causa la justicia, el magistrado iba á saber la verdad. Celia encontró al procurador en su despacho, y quedó helada de espanto al oír estas palabras, pronunciadas á boca de jarro:

—Señora, no la creo á usted cómplice de una sustracción hecha en la testamentaria Minoret, sustracción que persigue en este momento la justicia; pero, confesando lo que sepa, puede usted ahorrarle un proceso á su marido. Por otra parte, no es sólo el castigo de su marido lo que hay que temer, sino que es preciso evitar la destitución de su hijo y la pérdida de su carrera. Dentro de algunos instantes no habrá ya tiempo, porque los gendarmes se disponen á partir para llevar á cabo la prisión de Minoret en Nemours.

Celia se desmayó, y, cuando volvió en sí, lo confesó todo. Después de haber demostrado aquella mujer que era cómplice, el magistrado le dijo que, para no perder á su marido y á su hijo, iba á proceder con prudencia.

—Dé usted gracias á que ha tenido que habérselas con el hombre y no con el magistrado. La víctima no ha presentado queja alguna ni ha dado publicidad al robo. Pero su marido de usted, señora, ha cometido horribles crímenes, cuyo castigo compete á un tribunal menos indulgente que yo. En el estado en que se encuentra este asunto, usted tendrá que ser detenida... ¡Oh! én mi casa, dijo al ver á Celia próxima á desmayarse de nuevo. No olvide usted que mi deber riguroso sería extender una orden de prisión y empezar un proceso; pero en este momento obro como tutor de la señorita Úrsula Mirouet, y sus intereses, bien entendidos, exigen una transacción.

—¡Ah! dijo Celia.

—Escriba usted á su marido lo siguiente, le dijo el procurador del rey invitándola á sentarse á su mesa y dictándole la siguiente carta:

«Amigo mío: *Estoi presa, i loe dicho todo. Entreja las escritiones que nuestro tio abia degado al señor de Portenduerre en birtu del testamento que tu quemaste, porque el señor procurador del rei acava de acer hposición en el tesoro.*»

—Así le ahorrará usted negativas que podrían perjudicarle mucho, dijo el magistrado sonrién-

dose de la ortografía. Trataremos de llevar á cabo convenientemente la restitución. Mi mujer le hará á usted lo menos desagradable posible su permanencia en mi casa, y le aconsejo que no diga una palabra ni se muestre afligida.

Una vez que la madre del sustituto estuvo detenida y hubo confesado, el magistrado llamó á Desiderio, le contó punto por punto el robo cometido por su padre ocultamente en perjuicio de Úrsula, y le enseñó la carta escrita por Celia. Desiderio fué el primeró en mostrar deseos de trasladarse á Nemours para obligar á su padre á hacer la restitución.

—La cosa es grave y hay que andar con pies de plomo, dijo el magistrado. Habiendo sido destruido el testamento, si la noticia se propala, los herederos Massin y Cremiere pueden intervenir. Ahora tengo pruebas suficientes contra su padre, y le devuelvo á su señora madre, á la que creo ya bastante edificada acerca de sus deberes con la lección que acaba de recibir. En presencia de ella, yo fingiré haber cedido á sus súplicas para que la pongan en libertad. Vaya usted á Nemours con ella y procure vencer todas las dificultades. No tema nada de nadie. El señor Bongrand quiere demasiado á la señorita Mirouet para cometer nunca ninguna indiscreción.

Celia y Desiderio partieron para Nemours. Tres horas después de la marcha de su sustituto, el procurador del rey recibió por un propio la siguiente carta, cuya ortografía ha sido corregida, á fin de que no excitase la risa tratándose de un hombre herido por la desgracia:

«AL SEÑOR PROCURADOR DEL REY DE LA AUDIENCIA  
DE FONTAINEBLEAU

»Señor: Dios no ha sido con nosotros tan indulgente como usted. En este momento lloramos una desgracia irreparable. Al llegar al puente de Nemours se desenganchó uno de los tirantes del coche. Mi mujer iba detrás sin criados, los caballos olían la cuadra, y mi hijo, temiendo la impaciencia de los animales, no quiso que el cochero bajase, y echó pie á tierra para enganchar el tirante. En el momento en que se volvía para sentarse al lado de su madre, los caballos arrancaron. Desiderio no tuvo tiempo de echarse hacia atrás y el estribo le cortó las piernas, haciéndole caer y ser cogido por la rueda de atrás.

»El propio que corre á París á buscar los mejores cirujanos le entregará á usted esta carta, que mi hijo, en medio de sus dolores, me manda escribirle, á fin de hacerle saber nuestra entera sumisión á sus decisiones relativas al asunto que le traía á él á Nemours.

»Toda mi vida le estaré á usted agradecido por su buen proceder y justificaré la confianza que en mí tiene.

»FRANCISCO MINORET.»

Este cruel acontecimiento causó viva emoción en la villa de Nemours. La multitud, reunida ante la casa de Minoret, hizo saber á Sabiniano que su venganza había sido tomada por mano más poderosa que la suya. El vizconde se fué inmediatamente á casa de Úrsula, donde ésta y

el cura demostraban más terror que sorpresa. Al día siguiente, después de hecha la primera cura, y una vez que los médicos y los cirujanos de París hubieron emitido su unánime opinión de que era necesario cortarle las dos piernas, Minoret, abatido, pálido, anonadado, y acompañado del cura, se presentó en casa de Úrsula, donde se encontraban á la sazón Bongrand y Sabiniano.

—Señorita, soy muy culpable con usted, le dijo; pero si mis culpas no son completamente reparables, puedo expiar algunas. Mi mujer y yo hemos hecho voto de hacerle donación de nuestra tierra de Rouvre, lo mismo si conservamos á nuestro hijo, que si tenemos la desgracia de perderlo.

Al mismo tiempo que pronunciaba estas últimas palabras, el coloso rompía en amargo llanto.

—Úrsula, puedo asegurarle que debe usted aceptar una parte de esa donación, dijo el cura.

—¿Nos perdona usted? dijo humildemente el dueño de la posta arrodillándose ante aquella joven asombrada. Dentro de algunas horas el primer cirujano del hospital de París va á operar á mi hijo; pero no me fio gran cosa de la ciencia humana, y sólo creo en la omnipotencia divina. Si usted nos perdonase, si usted fuese á pedir á Dios que nos conservase á nuestro querido hijo, éste tendrá fuerzas para soportar este suplicio, y yo estoy seguro que tendremos la dicha de conservarlo.

—Vamos todos á la iglesia, dijo Úrsula levantándose.

Pero no bien se había puesto en pie, cuando

lanzó un penetrante grito y cayó desmayada. Cuando hubo vuelto en sí, Úrsula vió á todos sus amigos con los ojos fijos en ella, inquietos y esperando sus palabras, excepto Minoret, que había corrido fuera de la casa á buscar un médico.

—He visto á mi padrino á la puerta, dijo Úrsula, y me ha hecho seña de que no había esperanza alguna.

Estas palabras llenaron de espanto á todos los corazones.

Al día siguiente de la operación, Desiderio murió á causa de la fiebre y de la revolución de humores que suceden á esa clase de operaciones. La señora Minoret, cuyo corazón estaba ocupado únicamente por el cariño maternal, se volvió loca después del entierro de su querido hijo, y fué conducida por su marido al manicomio del doctor Blanche, donde murió en 1841.

Tres meses después de estos acontecimientos, en enero de 1837, Úrsula se casó con Sabiniano, con el consentimiento de la señora de Portenduere. Minoret intervino en el contrato de matrimonio para dar á la señorita Mirouet su tierra de Rouvre y veinticuatro mil francos de renta, sin conservar de toda su fortuna más que la casa de su tío y seis mil francos. El culpable se ha hecho el hombre más caritativo y más piadoso de Nemours, es mayordomo de la parroquia y se ha convertido en providencia de los desgraciados.

—Los pobres han reemplazado á mi hijo, suele decir él.

Si habéis observado alguna vez, en la orilla

de los caminos ó en algún bosque, algún árbol secular que parece anonadado, pero que echa aún retoños, al mismo tiempo que parece implorar el hacha del leñador, tendréis una idea del estado en que quedó el antiguo dueño de la posta, encanecido, delgado y consumido, que no se parece en nada al feliz imbécil que habéis visto esperando á su hijo al principio de esta historia, y que no toma tabaco, ni gasta nada superfluo. En los menores detalles se ve que el dedo de Dios se ha posado sobre aquella figura para que sirva á los culpables de terrible ejemplo. Después de haber odiado tanto á la pupila de su tío, aquel anciano ha concentrado de tal modo su afecto en Úrsula, que se ha constituido en administrador de sus bienes en Nemours.

Los señores de Portenduere pasan cinco meses del año en París en el magnífico palacio que compraron en el arrabal Saint-Germain. Después de haber dado su casa de Nemours á las hermanas de la Caridad para que abriesen en ella una escuela gratuita, la anciana señora de Portenduere se ha ido á vivir á Rouvre, donde es conserje en jefe la Bougival. El padre de Cabirolle, antiguo conductor de la *Ducler*, hombre de sesenta años, se ha casado con la Bougival, que posee mil doscientos francos de renta, además de las ganancias que le proporciona su empleo. El hijo de Cabirolle es cochero del señor de Portenduere.

Quando al ver pasar por los Campos Elíseos uno de esos encantadores cochecitos llamados *caracoles*, forrado de seda gris, admiréis en él á una bonita rubia con el rostro rodeado de millo-

nes de rizos, mostrando ojos semejantes á pervincas luminosas y llenos de amor y ligeramente apoyada en un hermoso joven, si os veis mordidos en el corazón por el pecado de la envidia, pensad que aquella hermosa pareja, amada por Dios, ha pagado de antemano su cuota correspondiente en las desgracias de la vida. Esos dos amantes esposos serán indudablemente el vizconde de Portenduere y su mujer, toda vez que no hay otro matrimonio semejante en todo París.

—¡Es la pareja más feliz que he conocido en mi vida! decía de ellos últimamente la señora condesa de la Estorade.

Benedicid, pues, á esos felices jóvenes en lugar de envidiarlos, y buscad una Úrsula Mirouet, una joven educada por tres ancianos y por la mejor de las madres, por la adversidad.

Goupil, que hace favores á todo el mundo, y que es considerado con justicia como el hombre más ocurrente de Nemours, goza de la estimación de la villa; pero ha sido castigado en sus hijos, que son horribles, raquíuticos é hidrocéfalos. Dionis, su predecesor, es uno de los más hermosos adornos de la cámara de diputados, donde florece con gran satisfacción del rey de los franceses, que ve á la señora Dionis en todos sus bailes. La señora Dionis cuenta á toda la villa de Nemours las particularidades de sus recepciones en las Tullerías y las grandezas de la corte del rey de los franceses, y reina en Nemours gracias á la protección del trono, que empieza á hacerse entonces muy popular.

Bongrand es presidente de la audiencia de

Melun, y su hijo está en visperas de ser nombrado procurador general.

La señora Cremiere sigue diciendo las cosas más lindas del mundo, y cuando escribe tambor con *v* le echa la culpa á la maldad de la pluma. La vispera del matrimonio de su hija, para terminar su discurso maternal, le dijo que *una mujer debia ser la oruga* (1) obrera de su casa y tener hijos en todo sus ojos de *esfinge*.

Por otra parte, Goupil se entretiene en escribir una *Cremierana*, ó sea una colección selecta de las sandeces de su prima.

—Hemos tenido el dolor de perder al buen cura Chaperon, decía este invierno la señora vizcondesa de Portenduere, que le había cuidado en su enfermedad. Todo el concejo asistió á su entierro; pero, en medio de su desgracia, Nemours ha tenido suerte, porque el sucesor de este santo varón es el venerable cura de Saint-Lange.

París, junio y julio de 1841.

(1) El original dice *chenille*, palabra que tiene la doble significación de *oruga* y *mal bicho*.—(N. del T.)

FIN